



Iluminados y Conversos



Coordina:
Eduardo G. RICO

Las artes
y los días



Del ballet de Maya a la reflexión sobre el poder

EDUARDO G. RICO

Del 8 al 25 de septiembre, Maya y su ballet, que así debería presentarse, ocuparán el escenario del Monumental. El ballet se llama, en realidad, «Estrellas del Bolshoi», y cuenta con la colaboración del ballet de Odesa y del director de este último. Vienen de la Plataforma Artística de Roma y han actuado también en el Festival Internacional de Florencia. El éxito ya obtenido en Madrid ha sido clamoroso.

En el espectáculo de Maya sobresale, junto con «La muerte de la rosa», de Mahler, la versión de «Carmen-Suite», de Bizet. Una versión revisada y potenciada por la gran bailarina. No se sabe qué admirar más en esta intervención de Maya: si su perfección técnica o su originalidad artística. La danza de Maya llena de vida el escenario y dibuja un perfil nuevo del famoso personaje. Alberto Alonso, al inspirarse para realizar la coreografía en la novela de Merimée, procura infundirle un giro más positivo y trascendente, escapando a las convenciones. Maya desarrolla esta concepción, llevándola hasta formas no previstas en la obra literaria. La convierte en un abierto canto a la libertad.

Maya, que sufrió los horrores de la guerra en su adolescencia —cumplirá cincuenta y ocho años el 20 de noviembre—, comenzó su carrera en pleno conflicto, en 1943. Maya Plisetskaya ocupó su primerísimo puesto en 1958, al enfermar la Ulánova, y desde entonces ha venido actuando en su país y en todo el mundo occidental, aunque aún no conocía España. Aquí ha triunfado rotundamente, añadiendo este éxito a los ininterrumpidamente conseguidos. No resulta exagerado considerarla como la primera figura mundial del ballet. Quizá este juicio pueda parecer excesivamente tópico, en un tiempo en que el abuso de ciertos objetivos tanto los ha desvalorizado, pero, por una vez, se ciñe estrechamente a la realidad. En Maya hay rigor, perfección técnica, arte, una estética original y unas facultades asombrosas. Y hay, sobre todo, una potencia vital que enriquece y eleva prodigiosamente la danza.

«Intimidaciones», de Borsani

En Rock-Ola, el GAD de Carlos Borsani nos ofrece dos días a la semana el espectáculo «Intimidaciones». Constituye una continuación de otros semejantes representados anteriormente. Borsani lo presenta como «una reflexión sobre el poder, no sobre el metafórico, sino sobre el poder real, que nos prepara para una nada ficticia guerra de las galaxias y un probable apocalipsis». Pensamos que la verdadera guerra nos amenaza aquí, sobre la Tierra, y esto es lo que nos debe preocupar. La anécdota, muy sencilla, refleja las «intimidaciones» de un «gang» dedicado al tráfico de drogas. Carlos Borsani, Enriqueta Bulrich, Carlos di Paola, Pepe Requena, Kike Seoane, Susas Sylvestre y Tereska Woronicka, son los responsables de la interpretación. El espectáculo, que utiliza diversos elementos, especialmente gestuales, está concebido en clave de humor. Lo visual y lo simbólico prevalecen sobre la palabra.



Componentes del grupo de teatro GAD en la obra estrenada el sábado en Rock-Ola, «Intimidaciones»

En el décimo aniversario

Cuando Pablo Neruda era cónsul en Madrid



Se han cumplido diez años de régimen pinochetista en Chile. Se cumplirán, en breve, diez años de la muerte de uno de los primeros poetas del siglo: Pablo Neruda. Con este motivo iniciamos hoy un homenaje al autor del «Canto General» publicando un trabajo de testimonio y recuerdo de nuestro colaborador Ricardo Blasco.

Mi primer conocimiento de Pablo Neruda fue la lectura de «Residencia en la tierra», en la edición de «Cruz y Raya» de 1935: dos volúmenes bellamente impresos, de unos veinte centímetros de alto, cuyo precio («doce pesetas») era entonces exorbitante. No sé cuánto tiempo me costó ahorrarlo, de diez en diez céntimos, aquellas doce pesetas. Debí ser bastante ya que, publicado en septiembre, no comencé a leerlo hasta, por lo menos, febrero o marzo de 1936. Puede imaginarse mi estado de ánimo al abrirlo por vez primera. Algo largamente deseado, intuído, soñado, se me entregaba. No, hay que decirlo de otro modo: era yo quien se entregaba al libro, poseyéndolo. Casi enseguida aprendí de memoria poemas inolvidables: «Ritual de mis piernas», «Tango del viudo», o «Angela Adónica»: «Su pecho, como un fuego de dos llamas / ardía en dos regiones levantado, / y en doble río llegaba a sus pies, / grandes y claros». Nunca hasta ese día había leído nada semejante. Porque yo todavía ignoraba Aleixandre y Cernuda, Eluard y Philippe Soupault, aunque no tardaría en conocerlos. Conservo aún conmigo esa preciada edición de «Residencia en la tierra» y no puedo abrirla hoy sin que sobrevengan, desde los cuévanos de mi ser, las emociones de aquella primera lectura.

Cuando aún estaban frescas en mí las sensaciones levantadas por los poemas recién leídos de «Residencia», ocurrió mi segundo conocimiento de Neruda. Eran las últimas semanas de 1936. Marchaba a París y se detuvo en Valencia, donde, de pronto, una tarde cualquiera, lo tuve ante mí. No llegué a hablarle. Sólo verle de lejos, en un salón de la Alianza de Intelectuales. El estaba en el rincón del fondo, rodeado de amigos. No me preguntéis quiénes. No les presté atención. Todo yo me había concentrado en ese momento en la contemplación de Pablo. Era fornido y alto, con una cabeza de ancha frente abierta, mirada aguda con un trasfondo triste, sonrisa franca, porte noble. Hablaba sin parar. Del pasado, del presente, de sus planes inmediatos. Reía de vez en cuando, con risa sonora. Y a veces se callaba, hundido en el silencio, súbitamente ausente, como si la mirada se le hubiese vuelto hacia dentro, atraído quién sabe por qué visiones intransferibles. En aquellos salones de la calle Trinquete de Caballeros no había calefacción, y el primer invierno de guerra era crudo. Nadie, sin embargo, parecía advertirlo. Porque Neruda emanaba un fuego especial. Su humanidad electrificaba a todos, incluso a mí, solo y olvidado en el extremo opuesto. Junto a él, ni el tiempo ni el frío contaban.

Tercer conocimiento. Miguel Hernández me presenta a Pablo Neruda en julio de 1937, cuando el II Congreso de Intelectuales. El acento chileno de Pablo contrasta con el cuasi pancho de Miguel, del mismo modo que el rostro de éste, «de patata recién sacada de la tierra» —como Neruda lo había descrito— es la antítesis de la faz del autor de «Residencia», en la cual adivino un no sé qué de pulpa madura y agrídulce de fruta andina. Esos días hablo varias veces con Pablo. Puedo evocar ahora el encuentro que permanece más indeleble en mi memoria. Noche de vino y poesía, en compañía de Miguel. Mientras ambos rivalizaban sus últimas creaciones, yo meto baza, hago alarde de memorización y les recito ora poemas del uno, ora poemas del otro.

Pablo Neruda se pone a contarnos cosas de su reciente estancia en París. Habla, en principio, de su destitución como cónsul de Chile en Madrid. El motivo era de esperar: su adhesión a la causa de la España republicana. Refiere, luego, las consecuencias del cese. Pronto se queda sin un peso y vaga por París malviviendo, trampeando. Mas, repentinamente, recibe el encargo del Gobierno Negrín de atender a los intelectuales que han de venir a España a participar en el Congreso y, con el encargo, un giro bancario bastante crecido para atender a los gastos que con ese motivo se originen. Aquello le deja estupefacto. Nunca ha sido contable ni administrador. No sabe qué hacer con el dinero. Y lo comenta con Rafael Alberti, que está esos días en París. «Tú eres tonto de capirote —le contesta Rafael—. Pierdes tu puesto de cónsul por amar a España y andas con los zapatos rotos. ¿No comprendes que te puedes asignar un sueldo razonable por el trabajo que vas a desempeñar? Hazlo, y ya no tendrás que comer poco y mal, ni vivir con Delia —Delia del Carril era entonces amante de Pablo— en un hotelucho que alquila habitaciones por horas a las parejas de paso. Y, además, podrás comprarte unos zapatos nuevos.»

—Y tú, ¿qué hiciste? —pregunto yo con tanta ingenuidad adolescente.

Pablo alza sus pies por alto para mostrarme sus zapatos.

—¿Llevo los zapatos rotos, compañero? —y suelta una carcajada atronadora y jovial. Sus zapatos no tienen ningún deterioro. Se aprecia que hace poco que los usa.

(Neruda ha suavizado esta anécdota en sus memorias. Púdicamente, dice que endosó los fondos recibidos a la organización que preparaba el Congreso. Y que Rafael Alberti le regaló un par de zapatos nuevos. No sé lo que habrá de verdad en todo ello. Yo, como me lo contaron os lo cuento. Que Rafael nos lo aclare, si se acuerda.)

De aquella noche de vino y poesía es imposible olvidar de qué modo decía Neruda, con voz profunda y grave, traspasada de un dolor que a mí se me antojaba telúrico, uno de los más intensos poemas de «España en el corazón», libro que iba escribiendo poco a poco. Hablo del «Canto a las madres de los milicianos muertos»:

No han muerto. Están en medio de la pólvora,
de pie, como mechas ardiendo.
Sus sombras puras se han unido
en la pradera de color de cobre
como una cortina de viento blandido,
como una barrera de color de furia,
como el mismo invisible pecho del
[cielo.]

Si por un cataclismo mundial se perdieran un día los miles de versos escritos por Pablo Neruda y sólo se salvase este poema de tan bello final («y sabed que vuestros muertos sonrien desde la tierra / levantando los puños sobre el trigo») sería suficiente este «Canto» para proclamar que Neruda fue un gran poeta de nuestro tiempo. Al fin y al cabo, el Premio Nobel se lo dieron, también, por este poema.

Ricardo BLASCO

Iluminados y Conversos

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Al escondite, con Freud



Adrienne Mesurat
«Adrienne Mesurat», de Julien Green, Plaza-Janés.

Estamos ante la versión castellana de la segunda novela de Julien Green. El escritor francés se enfrentó a su tema, como él dice, jugando al escondite con Freud sin saberlo. Es admirable el prólogo del autor, en el que intenta describir al cabo del tiempo, no sin nostalgia, no sin ironía, las dificultades que esta obra le planteó, el curso de su realización, el conocimiento reciente y superficial del psicoanálisis y el influjo que inconscientemente ejerció sobre su escritura. Adrienne Mesurat, una mujer, «soy yo», confiesa Green parafraseando a Flaubert. Sus reflexiones le conducen a suponer que todos los personajes que un escritor crea, absolutamente todos, son el propio autor. He aquí, pues, «una novela psicoanalítica de alguien que ignora el psicoanálisis».

El terror en doce historias



Patricia Highsmith
«A merced del viento», de Patricia Highsmith, Planeta.

A Patricia Highsmith, como todo el mundo sabe, la lanzó el cine como narradora, o determinó en alta medida su lanzamiento. Hitchcock llevó al cine, con éxito, su primera novela, «Extraños en un tren». La tercera, «El inteligente mister Ripley», avalada por el premio Edgar Allan Poe, la convirtió René Clement en «A pleno sol». Se asegura que la más vendida y con mejor resultado en su adaptación cinematográfica, fue, no obstante, «El juego de Ripley», que en la versión filmica se llama «El amigo americano». Esta tejana de 1921, nos ofrece en «A merced del viento» doce historias concebidas sobre los ya conocidos supuestos de su narrativa: la imaginación, la angustia, la fascinación componen una especial forma de terror.

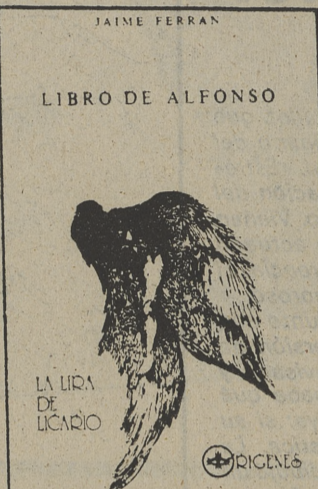
El autor de «Los organillos»



«La parodia», de Henri-François Rey, Plaza-Janés.

En España es conocido desde hace tiempo este novelista francés, que si no está entre los más destacados por su calidad, si lo está por su popularidad. Por lo demás, su afición a nuestro país es de sobra sabida. Recordemos «Los organillos» que, con el título de «Los pianos mecánicos» llevó Juan Antonio Bardem al cine, con Melina Mercouri como primera figura. Después de un silencio de casi dos lustros, a finales de los setenta apareció esta novela, «La parodia», que siguiendo al autor, es como «la continuación de la vida por otros cauces». Lo que Rey se plantea en realidad es el esfuerzo del protagonista de su relato por encontrar su verdadera identidad. Novela de fácil lectura, narrada en primera persona, en el nivel habitual de este escritor.

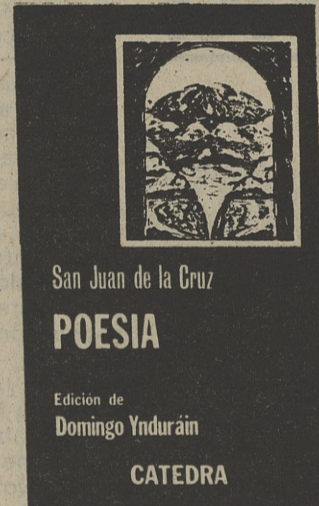
Nostalgia del amigo



«Libro de Alfonso», de Jaime Ferrán, «La lira de Licario», ediciones Orígenes.

Presentado la pasada semana por Carlos Bousoño y Claudio Rodríguez, noticia que facilitamos en otra sección de este periódico, la obra de Jaime Ferrán «Libro de Alfonso», está constituida por una serie de composiciones que integran un mismo y largo poema elegiaco dedicado a Alfonso Costafreda, el escritor catalán que abandonó voluntariamente la vida, y cuyas cenizas fueron esparcidas por el mar Mediterráneo. Sus amigos Carlos Barral y Jaime Ferrán así cumplieron su mandato. El libro de Ferrán supone un canto a la amistad y una evocación nostálgica del pasado. Se trata de la penúltima obra de Jaime Ferrán. La última «Cuaderno de música», aparecerá en breve. «Libro de Alfonso» se publica en una edición modesta, pero bien cuidada y eficaz, dentro de la colección «La lira de Licario», de «Orígenes».

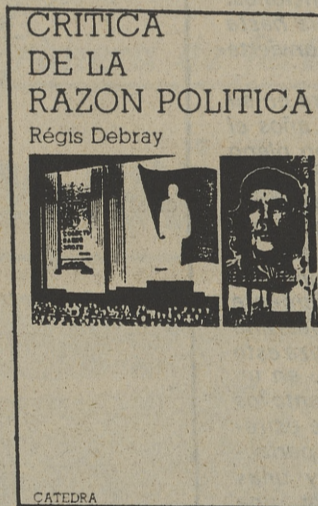
El mejor de nuestros poetas



«Poesía», de San Juan de la Cruz, Ed. Catedra.

¿Cuántas veces se habrá opinado que Juan de la Cruz, «espíritu de llama» como escribía Antonio Machado, es el primero, el mejor, de los poetas de nuestra literatura? La lectura de este libro, cuya edición ha preparado Domingo Ynduráin, viene a reiterarnos esta verdad. Ynduráin nos ofrece un largo y detenido estudio de la poesía de San Juan de la Cruz, valorándola «con criterios literarios». El profesor nos propone una nueva lectura del gran poeta místico, tras «desentrañar los procedimientos constructivos que hacen de las composiciones de San Juan obras de arte válidas para cualquier lector». Se trata, pues, de realizar una lectura literaria en lugar de seguir la interpretación tomista. Ynduráin desarrolla su estudio analizando el contexto renacentista en que se produjo la obra.

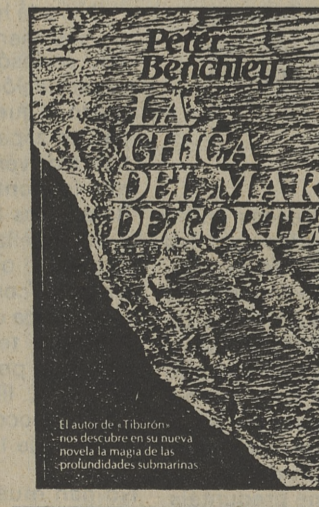
El teórico del «guevarismo»



«Crítica de la razón política», de Régis Debray, Catedra.

Esta es, sin duda de ningún género, la obra teórica más importante de Régis Debray, el autor de «¿Revolución en la revolución?», que constituyó en los años sesenta el fundamento ideológico del que podríamos llamar «castro-guevarismo». El autor transita hoy otros caminos bien distintos, como asesor del Gobierno socialista francés. La «Crítica de la razón política» — título que recuerda el del más importante de los libros sartrianos — es una revisión en profundidad del marxismo en un esfuerzo de profundización a través de un método dialéctico en la primera parte y analítico en la segunda. Este esfuerzo no es ajeno al realizado por Sartre en los años cincuenta. Debray conoce muy bien los problemas del Tercer Mundo y su componente nacionalista. Este es un intento teórico de considerable envergadura.

En el fondo del mar



«La chica del mar de Cortés», de Peter Benchley, Plaza-Janés.

El autor de «Tiburón» — novela que en 1974 le dio fama en el mundo, sobre todo después de su adaptación cinematográfica —, es un periodista muy popular en los Estados Unidos. Estudió en Harvard y trabaja en el «Washington Post». A él se deben grandes reportajes del mundo marino y submarino. «La chica del mar de Cortés» es una novela que se sitúa también en este contexto. Desde la perspectiva que nos da la actualidad más viva, podríamos considerar la labor literaria y periodística de Benchley como una forma más entre las múltiples que se insertan en las diversas corrientes ecologistas. La protagonista, Paloma, está enamorada de una zona del mar de Cortés, que define como algo propio de las incursiones humanas, deslumbrada por este mundo fascinante.

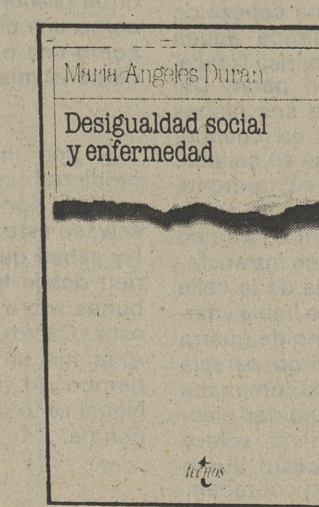
Criticando...



«Vardar», revista mensual de crítica.

Una revista crítica, a veces contestataria, a veces interpretativa, a veces poética... Una diversidad de temas con un fuerte acento polémico. En el número de agosto-septiembre, que es el 16 y que edita, como de costumbre, Félix Guisasaola, hay trabajos de Ernst Junger («Tres guijarros»), Agustín García Calvo («Las dos memorias»), Eugenio Gallego, Enrique Lozano, de Horvat-Pintaric, de José Jiménez («Modigliani en el fin de siglo»), un artículo de «Diario del Pueblo» con el título «De cómo piensan las autoridades chinas la libertad de expresión». Una colaboración de Antonio L. Campillo («La inquietud de los herederos solterones de Carlos Marx»); «Soneto de fidelidad», de Vinicius de Moraes; «La estética de la palmera», de Martín Bartolomé, y «Experiencias personales», de Angela Soprano. En «Vardar» hay tres secciones: «Actual e inactual», «Temas» y una dedicada a libros y exposiciones.

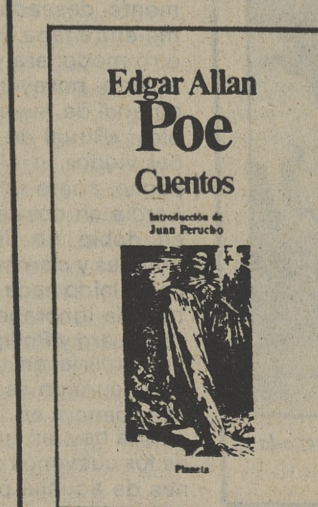
Sociología de la salud



«Desigualdad social y enfermedad», de María Angeles Durán, Tecnos.

«Desigualdad social y enfermedad», de María Angeles Durán, supone la continuación de otro trabajo de la autora: «Informe sobre morbilidad, mortalidad y condición socioeconómica en España». También ha publicado en la misma editorial «El trabajo de la mujer en España», que es un estudio sociológico y estadístico sobre el tema. En este nuevo libro se ocupa de las perspectivas sociológicas en el estudio de la salud y la enfermedad, y de la construcción social de la enfermedad, dentro de un primer apartado dedicado a la sociología de la enfermedad. El siguiente se refiere a la estructura social y la enfermedad en España, y la tercera, a las relaciones entre enfermedad y clase social. Es un estudio serio, exhaustivo y riguroso sobre una temática de considerable interés.

La perfección de Poe



«Cuentos», de Edgar Allan Poe, Planeta.

En una colección dedicada a los clásicos, Planeta nos ofrece ahora los cuentos del gran escritor norteamericano, en un libro de seiscientas páginas, que contiene un excelente estudio introductorio de Juan Perucho, de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, y un apartado cronológico y bibliográfico de Doireann MacDermont, catedrático en la Universidad de la Ciudad Condal. La traducción reviste una gran calidad: es la de Julio Gómez de la Serna. Se sabe de sobra el valor de la aportación narrativa de Edgar Allan Poe. Sin ella no se explicaría una buena parte de la literatura contemporánea. Sus cuentos de terror alcanzan una rara perfección, que en el ámbito hispánico ha considerado justamente Jorge Luis Borges. Poe es el gran maestro del cuento contemporáneo.

«LIBRO DE ALFONSO», de Jaime Ferrán

Jaime Ferrán acaba de publicar en Ediciones Orígenes su penúltima obra «Libro de Alfonso», una elegía dedicada a Alfonso Costafreda, el gran poeta catalán voluntariamente desaparecido hace unos años. De este libro recogemos una selección de composiciones que expresan perfectamente su sentido y significación.

De madrugada
sentiste que la vida
se te escapaba...

Despertaste del sueño
de madrugada
y otro sueño sentiste
que comenzaba.

Sin tiempo ya.
Sin tiempo
De madrugada.

En tu infancia,
de pronto,
se cruzó en tu camino
y tu quisiste entonces
relegarla al olvido.

Pero,
terca simiente,
arraigó en tu destino
y poco a poco en árbol
te viste convertido.

Cuando llegó el invierno
te heló,
súbito,
el frío
y entonces recordaste,
de pronto,
el rostro antiguo.

En la paz de la casa,
con estrepido
de puertas que se cierran
restalla,
como un látigo,
la voz de la tormenta.

Por la mañana,
un árbol abatido
yace sobre la tierra
y hay un hueco,
que nadie podrá nunca
llenar en la arboleda.

Te preguntabas,
al final,
a quién hablar, con qué lenguaje

No te servían las palabras—
para nada,
ni para nadie
y poco a poco,
en el silencio
y en la mudez te refugiaste...

En la mudez y en el silencio
se refugiara tu mensaje.

Alfonso
Costafreda,
con
Jaime
Ferrán



Noche tras noche,
en Junio,
la terraza del Teide
nos congrega.

Está Carlos
en su cátedra breve,
Claudio,
José Manuel,
Angel González,
Pepe...

Tu llegas
y con clara
lucidez intervienes.
Citas a vo en grito:
Junio fugaz, alegre
primavera.

Te ries
estrepitosamente.

Después,
te hundes de pronto
en un mutismo ausente
y al cabo,

sin decirnos
nada,
desapareces.

Morimos tantas veces cada día,
que cuando nos morimos de verdad
estamos habituados a la muerte
aunque no lo queremos recordar.

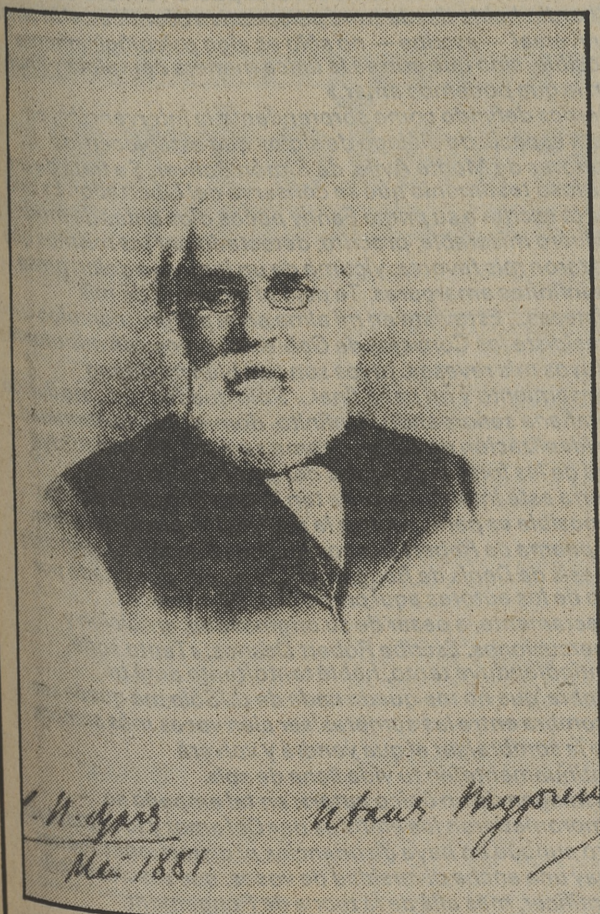
El sentido final de nuestra vida
sólo en ella lo habremos de encontrar,
relámpago que cierra la tormenta
para siempre jamás.

Morimos cada día tantas veces
que nuestra vida y nuestra muerte van
juntas por el camino,
como hermanas
que nunca se pudieran separar.

Todo lo que rodea nuestro sueño
es otro sueño que ha de terminar
como si no lo hubiéramos soñado,
como si nos dejara de soñar...
Y en una madrugada silenciosa
al fin
el sueño
se hace realidad

En el centenario de un gran escritor

El mundo poético, en la prosa de Turgueniev



Turgueniev, en 1881. Bajo la foto, un autógrafo del escritor

Iván Turgueniev, con modestia injustificada, al determinar el lugar que le correspondía en la literatura rusa afirmaba ser uno de los escritores del interregno, entre el período de Gogol y el capítulo por venir. Al aparecer los primeros relatos de León Tolstoy («Infancia» y «Adolescencia») fue justamente Turgueniev, ya entonces maestro reconocido, quien con cierto alivio confirmó: «he aquí, al fin, el heredero de Gogol, tan distinto a él, tal y como debió ser...»

Ciertas circunstancias obligaron a Turgueniev pasar la mayor parte de su vida en el extranjero. Quizá por eso fue uno de los primeros escritores rusos que reconociera el Occidente: Francia, Alemania, Inglaterra. Fue amigo de Flaubert, de Dickens, Zola, Daudet. Sin embargo, para Turgueniev siempre lo más importante, lo más entrañable siguió siendo Rusia, su patria, por amor a la que, olvidando su propio infortunio, dedicó todas sus fuerzas a propagar la cultura rusa en el extranjero. El deseaba fervientemente que «La Guerra y la Paz» de León Tolstoy, tanto como los poemas de Puschkin y de Lermontov o el verbo de Gogol fueran asimilados por el lector extranjero como el patrimonio de la riqueza espiritual rusa.

Turgueniev sentía pasión por el arte, por todo lo que abarca la cultura universal: desde el mundo filosófico de los grandes, la música de Beethoven y de Glinka, hasta el genio creador de Shakespeare, Calderón de la Barca y de Puschkin: todo cuanto cobraba para él inusitada vida, le eran afín y constituía su mundo interior. Su elevado

nivel cultural unido a su talento lírico dieron a la literatura el estilo turgueniano. Mijael Saltikov-Schedrin, otro gran escritor ruso, hablando de la influencia dignificante que ejercían las obras de Turgueniev afirmaba: «De las obras de Turgueniev en su totalidad, lo que se siente luego de haberlas leído es que se hace más fácil respirar, más fácil creer, uno siente en su corazón más calor humano y percibe cómo se enaltece su espíritu y bendice y llega a amar al autor.»

Por el designio del destino Turgueniev vivió largos años en París. («Con las lluvias París florece cual Cenicienta rosa» —dirá en cierta ocasión...). Los contemporáneos y amigos del joven Turgueniev lo describirán tal como lo recordaron aquel 1847 en París: Gigante de ojos azules, de porte distinguido, a pesar de haber cumplido la treintena seguirá siendo niño eterno para su madre, posesiva y dominante, inmensamente rica, terrateniente de la provincia de Oriol; poeta fecundo más en sus propósitos que en su realización y, además, todo un Quijote en su adoración por su dama ideal: la entonces célebre cantante francesa Pauline Viardot.

En París, y aún mucho más activamente en Courtenay, el castillo de los esposos Viardot en el que el escritor pasara largas temporadas, fue donde creó la incomparable imagen de la Rusia turgueniana. Al describir la vida del hidalgo provinciano de su época, en un ambiente que le es tan familiar, Turgueniev crea un mundo admirablemente concluso y, a la vez, dramático. En cierta medida el mundo turgueniano de los

nidos de la hidalguía rusa es una enciclopedia de la vida rusa en su momento crucial.

El microcosmos turgueniano lo integran los pintorescos rincones de Rusia increíblemente rica en talentos, saturada de espíritu idealista y juvenil, siempre presto para cualquier hazaña heroica. Todo el potencial de la Rusia popular Turgueniev lo revela admirablemente en sus «Relatos de un cazador»: primer libro en el que con amor y admiración se habla del campesino ruso, de su agilidad mental, su talento y su afán por revelar cuanto de maravilloso pueda brindar la vida. La canción de «Yakov el Turco» (cuento «Los cantantes») conmueve profundamente a cuantos la escuchan, fluye como ensanchando los muros del local: «El cantaba y cada cadencia de su voz evocaba aires entrañables, amplitudes inconmesurables, como si se extendiera de nuevo ante nosotros perdiéndose en la lejanía la estepa familiar...»

Estas amplitudes que se pierden en el infinito, este océano inconmesurable, que es la vida del pueblo, están presentes, cual personaje independiente, en todas las novelas de Turgueniev determinando cada conflicto, cada alteración que sufren los «nidos de hidalgos», en las haciendas que le inspiraran al autor a sus heroínas y sus fascinantes, inquietos héroes en su afán por hallarle el sentido a la vida: el peregrino Rudin («Rudin») o el famoso médico, el realista Bazarov, ferviente propagandista de las ciencias naturales («Padres e hijos»), o el sufrido adalid de la libertad Lavretsky («Nido de hidalgos»).

Todos ellos, en esencia, poseen un solo credo: servir eficazmente a su patria, ser útiles, no a la burocracia; sino a Rusia. —«Rusia podrá pasarse sin nosotros, más ninguno de nosotros podrá pasarse sin ella. ¡Desdichado aquél que cree poder hacerlo y doblemente desdichado el que realmente prescinda de ella! —afirma uno de los personajes de «Rudin».

Turgueniev, contemporáneo de la reforma de 1861, la que liberó al campesino ruso de la esclavitud, amigo de escritores revolucionarios como Alexandre Herzen, Nikolay Nekrasov y más tarde de León Tolstoy, era muy sensible a las ideas vanguardistas de su época. Decididas, valerosas y progresistas son las heroínas turguenianas. Espíritu vigoroso, revela Elena Stajova al seguir al búlgaro Insarov hasta Bulgaria, para continuar la lucha por la independencia («Visperas»). Junto a Nezhdanov, Mariana elige un duro camino que les llevará a la lucha revolucionaria («Tierras vírgenes»).

Significativo resulta el hecho de que la juventud revolucionaria rusa de los años 70-80 del siglo XIX sagazmente adivinó en el poema en prosa turgueniano «El umbral» el himno a sus propios valores espirituales, al carácter inquebrantable y consecuente de los jóvenes combatientes.

Turgueniev tenía fe en el poder de los valores espirituales del hombre, aquellos que siempre enalteció y los que contribuyeron para que la prosa turgueniana fuera tan apreciada por el lector también hoy día.
V. CH.

Del amor y los amantes

Filósofos, sociólogos y poetas hablan sobre la pasión

«Te ruego que no mueras.» Así termina el poema chino, anónimo, escrito hace más de tres mil años. Es un poema lírico, alusivo a las dificultades del camino a través de la existencia y del amor como afirmación vital. Todas las civilizaciones han albergado en su mismo corazón una concepción del amor; la judeo-cristiana, la griega, las nórdicas. En otro lugar, nos hemos referido a la vigencia de una obra que responde a una investigación considerable: la de Denis de Rougemont «El amor y Occidente», que ha conocido decenas de reediciones y ha sido vertida a varias lenguas. La tesis de Rougemont, establecida sobre la influencia de la fábula de «Tristán e Isolda», de origen celta, aunque discutida, aún constituye un elemento poco menos que indispensable para entender el desarrollo de la civilización europea. (Hay una edición española de este libro, publicada por Kairós.) Según esta tesis, la concepción de las relaciones hombre-mujer tal como se da en dicha leyenda constituye la cifra de una forma de entender la ideología de las relaciones humanas en la sociedad occidental. Y aunque se cuestione el carácter determinante de esta concepción, el esquema de Rougemont no debe marginarse a la ligera.

El poema milenario chino al que hemos hecho alusión mas arriba abre una interesante recopilación de escritos sobre el tema del amor («Del amor y los amantes», Monte Avila editores) que firman escritores, sociólogos, filósofos y hasta pensadores de la política. No es la primera vez que se recoge en un volumen, con o sin análisis del responsable de la selección, una serie de textos sobre la pasión amorosa. Ni la última. Recientemente ha aparecido aquí un libro sobre el amor en la literatura, debido a Pérez-Rioja, ya comentado en estas páginas. El de los editores venezolanos que ahora nos llega, aunque ha sido publicado hace tiempo en Caracas, tiene la particularidad de referirse a una mas ancha zona de opiniones, y resulta apetecible por la facilidad de su lectura. La intención de los editores se manifiesta en una breve introducción: «Sería como restablecer el mito de la lectura: que frente a los grandes temas, el contrapunto de los mas diversos autores ofrezca la impresión de que se trata de un único autor ideal —apasionado, excedido, y por momentos recurrente— capaz de sobrepasar los límites de lo puramente personal en beneficio de cierto conocimiento que, presumiblemente, estaría en otra escala del tiempo y recorre la historia global del hombre como condición.»

Se trataría, pues, de resolver en una sola imagen la multiplicidad de enfoques de autores de diversas ideas y creencias. Esta puede parecer una tarea vana, ilusoria, pero vale la pena el esfuerzo aunque sólo sea porque nos abre un amplísimo panorama de enfoques y observaciones, en el espacio y en el tiempo, sobre un tema común.

El amor: Mito e hipnosis

Este es el primer epígrafe, bajo el cual se encuentran, codo con codo, Cesare Pavese, Sigmund Freud, Arthur Rimbaud, y Marcel Schwob. Aquí están el enamoramiento, el mito personal, la hipnosis sensual, el diálogo. Pavese plantea en forma de conversación el valor del papel que juega el amor. Un diálogo entre Calipso y Odiseo. Una personalidad desdoblada. «¿Qué es la vida eterna sino aceptar el instante que viene y el instante que se va? El éxtasis, el placer, la muerte no tienen otra finalidad. ¿Qué fue hasta ahora de tu paso errabundo?» La cuestión se reitera a través de lo que nos parece un autointerrogatorio. «Si lo supiera —se contesta— me hubiese detenido. Pero te olvidas de algo.» ¿De qué se olvida Calipso? Esta es la conclusión de Pavese en boca de Odiseo: «Aquello que busco lo tengo en el corazón.»

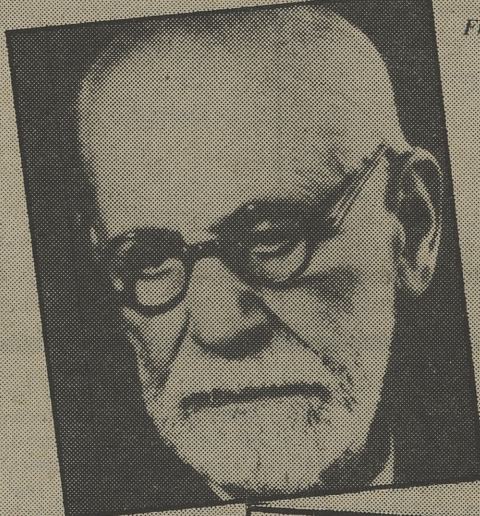
A la intervención lírica de Pavese, sucede el distanciado análisis de Sigmund Freud sobre las formas de enamoramiento. Freud pone en primer plano, como se sabe, el componente sexual de la relación. Freud piensa que «las tendencias sexuales coartadas en su finalidad son las que crean lazos mas duraderos entre los hombres». Su visión, pesimista, como también es sabido, continúa exponiéndose así: «Pero esto se explica fácilmente por el hecho de que no son susceptibles de una satisfacción completa, mientras que en las tendencias sexuales libres experimentan un debilitamiento extraordinario por la descarga que tiene lugar cada vez que la finalidad sexual es alcanzada. El amor sensual está destinado a extinguirse en la satisfacción. Para lograr ser duradero tiene que hallarse asociado, desde un principio, a componentes puramente tiernos, estos es, coartados en sus fines...»

Rimbaud, desde su texto, de orden poético, nos habla de la mujer que vivió en la ciudad. La mujer estaba en la vida de todos los días. «No volvió nunca ni volverá jamás... Esa vez lloré mas que todos los niños del mundo.» Rimbaud siente la nostalgia del amor y comprueba su imposibilidad.

Cesare Pavese

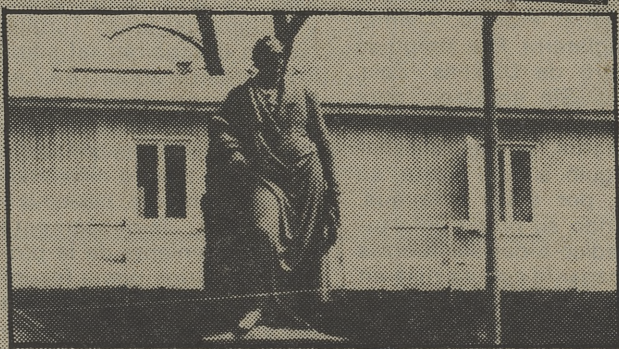


Freud

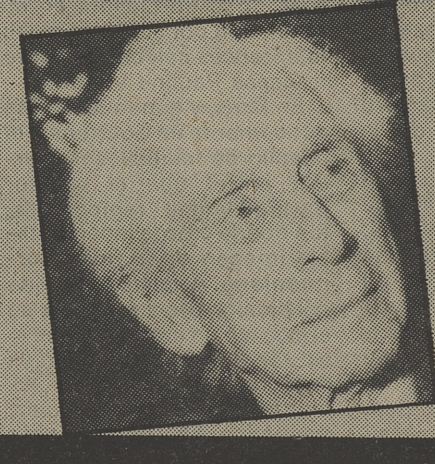


Simón Bolívar

● Para Rougemont, el amor constituye el fundamento de la civilización de Occidente



Goethe, Johann Wolfgang von



Bertrand Russell

En una «carta» a Marguerite Moreno, Marcel Schwob aborda la hipnosis sensual. Entra en el juego surrealista. «No quiero decirte que te amo. No es suficiente; muero de ti, y me haces morir de ti. Aplástame bajo tus pies.»

La pareja y sus enigmas

Con el encabezamiento de un verso de Horacio —«Hay dos males en el amor: la guerra y la paz»— y el lema «La pareja humana y sus enigmas», hablan sociólogos, filósofos y poetas: Bertrand Russell, Fromm, Breton (a Goethe). Es difícil encontrar un denominador común en nómina tan dispersa. Para Russell hay un obstáculo psicológico que impide el desarrollo integral del amor en el mundo contemporáneo. «Es el miedo que tiene mucha gente de arriesgar y comprometer su individualidad.» Predica Russell «una sabiduría ética sexual» que prevalezca sobre el amor-pasión y su conflicto con los «fines biológicos de la especie». En Fromm, esto es muy sabio, se plantea la existencia de un «arte de amar», que requiere conocimiento y esfuerzo. Breton parte del suicidio de Maiakovsky y de su último poema: «La barca del amor se ha roto contra los escollos de la vida corriente». Intenta Breton formular las relaciones y los conflictos de la vida política y el amor. Pauwels, por su lado, comenta el libro de Rougemont que ya hemos citado, para afirmar la validez de su tesis y recordar que «el mundo antiguo no concibe un compromiso sentimental y moral, sino la amistad viril». Pero durante ochocientos años, desde el siglo XI o XII, el amor cortés impone su norma en Occidente. Para Juliette Drouet, amante de Víctor Hugo, el amor es algo que «se sufre». Escribe en una carta: «Estoy loca, sufro como nunca habla sufrido». En Holdelrin se da la «melancolía insuperable», que concluye en la renuncia a la persona amada. También es, el amor, sufrimiento y renuncia, en Bettina Brentano, una de las amantes de Goethe. En todos ellos hay, quizá, una coincidencia: el amor es inevitable, necesario e imposible.

El amor y la trascendencia

En este apartado de la recopilación, «El amor y la trascendencia», hablan voces graves. Son las de Platón, Schopenhauer, Kierkegaard, Teilhard de Chardin... Y, por último, sorprendentemente, la de Simón Bolívar. Abandonamos, pues, el territorio abrupto y opaco de la vida cotidiana para elevarnos a un mundo más especulativo o a la esfera de la sublimación. El amor «como generación y la producción de la belleza», en Platón. Como la «ley de la especie», en Schopenhauer, que escribe: «Toda inclinación tierna, por etérea que simule ser, sumerge sus raíces en el instinto natural de los sexos, e incluso no es otra cosa que este instinto especializado, determinado, individualizado». En la visión de Kierkegaard, cuyas relaciones frustradas con Cristina Olsen se conocen, el sentimiento es ético dialéctico. El padre Teilhard de Chardin habla desde «una perspectiva cósmica». «Un amor universal —escribe— no sólo es algo psicológicamente posible, sino que aún es la única manera completa y final en la que podemos amar.»

Hemos definido como sorprendente la intervención, en esta especie de diálogo de siglos que establecen los editores de Monte Avila, de Simón Bolívar. Se trata de un curioso testimonio que se conserva del Libertador. Es una carta escrita a su prima Fanny pocos días antes de morir. «Muero miserable, procrítico, detestado por los mismos que gozaron mis favores, víctima de un inmenso dolor; presa de infinitas amarguras. Te dejo el recuerdo de mis tristezas... Estuve en mi alma en el peligro, conmigo presidiste los Consejos de Gobierno, tuyos son mis triunfos y tuyos mis reveses, tuyos son también mi último pensamiento y mi pena final... Sólo quedas tú como ilusión serafiana señoreando el infinito, dominando la eternidad.» La idealización de Bolívar, como se advierte, constituye una de las formas radicales del amor «romántico». Cierra este intercambio, de tan imposible unidad como imposible es para muchos la realización plena del amor, un poema de Robert Desnos que nos devuelve a principio: la tesis de Denis de Rougemont, que, aunque citada por uno de los autores aquí presentes, no aparece directamente, a pesar de su originalidad, ambición y repercusiones. Escribe Robert Desnos: «Tanto soñé contigo/anduve tanto, hablé tanto/tanto amé tu sombra/que no me queda nada de ti./Sólo me queda ser la sombra entre las sombras/ser cien veces más sombra que la sombra/ser el que vendrá y volverá continuamente/en tu vida llena de sol.» «La imagen de un único autor»: en tal empeño se comprometieron los editores de «Del amor y los amantes». Pero aunque no haya disonancias ni distorsiones fuertes, si hay una ancha diversidad de voces, que resulta difícil identificar, más allá de la teoría de Rougemont.

EDUARDO G. RICO